

Cuaresma: «Jesús, el buen samaritano que cura mis heridas»

Movimiento de Apostolado Familiar San Juan de Ávila. Retiro de Cuaresma (2-3-2022)

LA LITURGIA ES UNA MAESTRA que nos va enseñando el ritmo del tiempo y nos presenta lo que es verdaderamente esencial: contemplar los misterios de Cristo y desde él contemplar el misterio del hombre. La Liturgia presenta la Cuaresma como uno de los «tiempos fuertes».

El tiempo de Cuaresma: la misericordia de Dios cura las heridas de nuestra vida

La Cuaresma es un tiempo propicio para despertar en nosotros el sentido de la vida cristiana concebida «como una gran peregrinación hacia la casa del Padre, del cual se descubre cada día su amor incondicionado por toda creatura humana». Así lo experimentamos en las parábolas de la misericordia: la oveja perdida, la moneda extraviada o el hijo pródigo (cf. Lc 15,1-32)». Pero en esta peregrinación, a veces sufrimos el asalto de las circunstancias que nos dejan heridos al borde del camino. Esta pandemia, ha reclinado a muchos en la cuneta. También nos ofrece el Maestro Jesús una parábola para nuestro consuelo: la del buen samaritano (Lc 10,25-37). En ella, nos vamos a fijar especialmente.

La parábola surge como respuesta a una pregunta que un doctor de la Ley hace a Jesús: "¿Maestro, que tengo que hacer para heredar la vida eterna?". Es la pregunta que todos nos hacemos: ¿cómo me puedo salvar? Jesús le responde que ya está escrito en la Ley: "amar a Dios y amar al prójimo". Pero el que preguntaba insiste: "y ¿quién es mi prójimo?". Y Jesús responde con una hermosa parábola. Nos fijamos en cada momento de la narración:

Abandonado y desnudo al borde del camino

"Un caminante cayó en manos de unos bandidos que lo desnudaron, lo molieron a palos y lo abandonaron medio muerto". Nos detenemos en un detalle: "lo desnudaron". No se trata solo de quitar una túnica. Estar desnudo en la Biblia significa haber perdido la dignidad: Adán y Eva se dieron cuenta que estaban desnudos cuando se apartaron de Dios. La desnudez es un signo de pecado, de haber perdido la dignidad de hijos de Dios. Aquel asaltado no solo fue despojado de su dinero y sus pertenencias sino también de su dignidad.

Podemos ver en este hombre de la parábola a todo aquel que ha perdido su dignidad de hijo de Dios, porque se ha apartado de él, porque ha querido hacer su propio camino lejos del Padre Dios y se ha visto asaltado, desnudado y abandonado en la cuneta de la vida. Cada uno de nosotros, aunque vestidos, podemos estar desnudos si en nuestra vida hay pecado.

- ¿Cuál mi situación actualmente? ¿Me siento desnudo, al borde del camino?

Los que pasan de largo

"Un sacerdote y un levita pasan de largo". Son los representantes de las instituciones, los que oficialmente tendrían que haber salido en auxilio de este herido. El sacerdote, quizás tendría prisa en llegar al templo y el otro iría urgido por sus múltiples tareas, quizás importantes. Es curioso que el evangelio señala de los dos: "al verlo, dio un rodeo y pasó de largo". No cabe la excusa: "no me di cuenta"... Sí, vieron... y dieron un rodeo.

También podemos vernos reflejados en estos personajes de la parábola: los que pasan de largo ante la necesidad del otro. Quizás en este tiempo de pandemia, incluso en estos días, hemos podido "ver algún herido, hemos dado un rodeo y pasado de largo". Y quizás hemos tenido excusas muy pertinentes, como las de aquellos que pasaron de largo en el relato.

- ¿He dado un rodeo y he pasado de largo ante alguien que me necesitaba?

Pero un samaritano que iba de viaje, llegó hasta él y al verlo se compadeció

Hay alguien que cambia la historia: un samaritano, un hombre de dudosa fama, "se acerca, lo ve y se compadece". Fijémonos en los tres verbos que ponen en movimiento una serie de

actitudes: "acercarse", requiere salir de mi comodidad; "verlo", reclama que no solo me mire a mi mismo y "compadecerse", pone en movimiento el corazón que vence a la razón. Seguramente el samaritano pensó: "no me meto en lios"; pero el corazón le dictó: este herido te necesita. Y el corazón alcanza lo que la razón no mueve. "Compadecerse", es "conmoverse las entrañas"; no es una actitud que se queda en un sentimiento inmóvil de lástima sino que mueve a la acción: a buscar la ayuda necesaria para socorrer las necesidades del otro. Le cura, le lleva a la posada y encarga al posadero que lo cuide. Él pagará la cuenta a la vuelta.

Jesús, «mi buen samaritano»: cura mis heridas con aceite y vino y me lleva a la posada

Benedicto XVI, nos dice que Jesús es este buen samaritano, que se acerca a nosotros cuando estamos tirados en la cuneta de la vida: desnudos de nuestra dignidad y heridos por el pecado. Son heridas físicas y también heridas del alma: como la soledad, el egoísmo que nos aísla de la comunidad, nuestras dudas de fe que nos alejan de Dios Padre. Jesús se detiene ante nosotros: nos cura con el aceite y el vino, que simbolizan los sacramentos... Y nos lleva a la posada, "montados en su propia cabalgadura", yendo él a pie. El buen samaritano cede el puesto de privilegio al enfermo. Y rompe su soledad, su confinamiento, al encomendarlo al posadero, entregándole unas monedas: "Cuida de él, lo que gastes de más, yo te lo pagaré a mi vuelta". Podemos ver en la posada un símbolo de la comunidad, de nuestra Iglesia. Aquel hombre solo tirado en la cuneta, es ahora una persona acompañada, cuidada y acogida.

Con esta parábola, el Maestro ha respondido a la pregunta: ¿Qué tengo que hacer para salvarme? Lo que hizo Jesús, el buen samaritano: "Anda y haz tu lo mismo".

Cada uno somos el hombre de la cuneta y podemos ser el buen samaritano

Impliquémonos en esta parábola de dos maneras: primero, viendome cómo el herido en la cuneta. Jesús, se acerca a mí, revestido de buen samaritano: cura mis heridas y me lleva a la posada de la comunidad, que es la Iglesia... Y segundo, ejerciendo el papel de buen samaritano, socorriendo a los hermanos que están heridos en la cuneta de la vida.

PROPUESTAS PARA VIVIR LA CUARESMA

La Iglesia nos recuerda tres prácticas tradicionales de Cuaresma: la oración, el ayuno y la limosna, que nos ayudan a descubrir el paso de Jesús, buen samaritano, por nuestras vidas.

La **oración**: un diálogo que Dios entabla con nosotros y brota de su amor. El amor es una forma de hablar que no necesita palabras: por eso, a veces el diálogo es simplemente un «silencio contemplativo», que nos abre a la esperanza de una vida nueva y sin término.

- ▶ Meditemos las parábolas de la misericordia (Lc cap. 15). Meditemos las lecturas de los domingos de Cuaresma. Participemos en los Oficios de Semana Santa.

El **ayuno**: actualmente, tiene que ver con el control de la lengua: evitar la charlatanería, el chisme, las falsas verdades, la calumnia. La prudencia en el hablar nos ayuda a la aceptación del hermano, eludiendo rivalidades y construyendo un clima amable de fraternidad...

- ▶ Meditemos el Salmo 50: «Misericordia, Señor, hemos pecado contra ti». Nos comprometemos a que nuestras palabras sean bálsamo de aliento y esperanza.

La **limosna**: que hoy, se reviste de muchos trajes: comida, amistad, comprensión, diálogo, cercanía, perdón... pero también ayuda espiritual para fortalecer la fe. Impliquémonos en la práctica de las obras de misericordia, corporales y espirituales.

- ▶ Meditemos en esta Cuaresma las Bienaventuranzas (Mt 5,3-12). Nos comprometemos a revestirnos de su espíritu: pobreza, mansedumbre, consuelo...